

Seu plures calor ille vias et caeca relaxat
Spiramenta, novas veniat qua succus in herbas :
Seu durat magis, et venas adstringit hiantes ;
Ne tenues pluvia, rapidive potentia solis
Acrior, aut Boreae penetrabile frigus adurat ¹.

*Ogni medaglia ha il suo reverso*¹. He aquí por qué Clitómaco decía en lo antiguo, que Carneades había sobrepujado los trabajos de Hércules, como hubiera arrancado de los hombres el consentimiento, es decir, la idea y temeridad del juzgar. Esta tan vigorosa fantasía de Carneades nació á mi ver en aquellos siglos de la insolencia de los que hacen profesión de saber, y de su audacia desmesurada. Pusieron en venta á Esopo juntamente con otros dos esclavos: el comprador se informó de uno de ellos sobre lo que sabía hacer, y éste dijo que lo sabía hacer todo; que era maestro de esto y lo otro, respondiendo portentos y maravillas: el segundo habló por igual tenor, ó se infló más, todavía, y cuando llegó para Esopo el momento de contestar sobre su ciencia: «Nada sé hacer, dijo, pues éstos lo abarcaron todo.» Aconteció lo propio en la escuela de la filosofía: la altivez de los que atribuyen al espíritu humano la capacidad de todas las cosas suscitó en otros, por despecho y emulación, la idea de que no es capaz de ninguna: los unos ocupan en la ignorancia la misma extremidad que los otros en la ciencia, á fin de que no pueda negarse que el hombre no es en todo inmoderado, y que para él no hay más sujeción posible que la necesidad é impotencia de pasar adelante.

CAPÍTULO XII

DE LA FISONOMÍA

Casi todas nuestras opiniones las adoptamos por autoridad y al fiado: en ello no hay ningún mal, pues no podríamos escoger peor camino que el de dilucidar por nuestra propia cuenta en un siglo tan enteco. Aquella imagen de los discursos de Sócrates, que sus amigos nos dejaron, acogémosla á causa de la reverente aprobación pública, no por virtud de nuestro conocimiento; las razones socráticas se apartan de nuestro uso. Si viniera hoy al mundo algo parecido, habría pocos hombres que lo apreciaran. Sólo advertimos las gracias del espíritu cuando son puntiagudas, ó están hinchadas ó infladas de artificio: las que corren

¹. Sea que el calor abra muchas vías y conductos cerrados para que llegue la savia á las nuevas hierbas; sea que endurezca más la tierra y cierre las grandes aberturas para que no penetre la fina lluvia, ni el hórrido fuego del sol ni el árido frío universal. VIRGILIO, *Georg.*, I, 89.

². Toda medalla tiene su reverso. *Proverbio italiano.*

bajo la ingenuidad ó la sencillez, escapan fácilmente á una vista grosera como la nuestra, por poseer una belleza delicada y oculta: precisa una mirada límpida y bien purgada para descubrir ese secreto resplandor. ¿No es la ingenuidad, á nuestro entender, hermana de la simpleza y cualidad censurable? Sócrates agita su alma con movimiento natural y común; así se expresa un campesino, así habla una mujer; jamás de su boca salen otros nombres que los de cocheros, carpinteros, remendones y albañiles: todos sus símiles é inducciones, sacados están de las más vulgares y conocidas acciones de los hombres; todos le entienden. Bajo una forma vil, nunca hubiéramos entresacado las noblezas y esplendor de sus admirables concepciones, nosotros que consideramos chabacanas y bajas todas aquellas que la doctrina no encarama, y que no advertimos la riqueza sino cuando la rodean la pompa y el aparato. Á la ostentación sola está habituado nuestro mundo: de viento sólo se inflan los hombres y á saltos se manejan, como las pelotas de goma huecas. Sócrates no encaminó sus miras hacia las vanas fantasías; su fin fué proveernos de preceptos y máximas, que real y conjuntamente sirviesen para el gobierno de nuestra vida;

Servare modum, finemque tenere,
Naturamque sequi ¹.

Fué también siempre uno é idéntico, y se elevó no por arranques y arrebatos, sino por peculiar complexión al postrer extremo de fortaleza; ó, para hablar mejor, no se elevó nada, hizo más bien descender, conduciéndolas á su punto original y natural, las asperezas y dificultades, y las sometió su vigor; pues en Catón se ve bien á las claras una actitud rígida, muy por cima de las ordinarias. En las valientes empresas de su vida y en su muerte, vésele siempre montado en zancos. Sócrates toca la tierra, y con paso común y blando trata los más útiles discursos, conduciéndose, así en la hora de su fin como en las más espinosas dificultades que puedan imaginarse, con el andar propio de la vida humana.

Acaeció, por fortuna, que el hombre más digno de ser conocido y de ser presentado al mundo como ejemplo, es aquel de quien tengamos conocimiento más cierto: su existencia fué aclarada por los hombres más clarividentes que jamás hayan sido, y los testimonios que de él llegaron á nosotros, son admirables en fidelidad y en capacidad juntamente. Admirable cosa es, en efecto, haber podido comunicar tal orden á las puras fantasías de un niño, de suerte que, sin alterarlas ni agrandarlas, hayan reproducido los más hermosos efectos de nuestra alma; no la represen-

¹. Observar una regla de conducta, perseverar hacia un fin, seguir la naturaleza. LUCANO, hablando de Catón, II, 381.

ta elevada ni rica; la muestra sólo sana, mas de una cabal y alegrísima salud. Merced á estos resortes naturales y vulgares, y á estas fantasías ordinarias y comunes, sin moverse ni violentarse, enderezó no solamente las más ordenadas, sino las más elevadas y vigorosas acciones y costumbres que jamás hayan existido. El es quien nos trajo del cielo, donde nada tenía que hacer, la humana sabiduría, para devolvérsela al hombre, de quien constituye la tarea más justa y laboriosa. Vedle defenderse ante sus jueces; ved con qué razones despierta su vigor en los azares de la guerra; qué argumentos fortifican su paciencia contra la calumnia, la tiranía, la muerte, y contra la mala cabeza de su mujer; nada hay en todo ello á que las artes y las ciencias contribuyeran: los más sencillos reconocen allí sus fuerzas y sus medios; imposible es marchar de un modo más humilde. Soberano favor prestó á la humana naturaleza, mostrándola cuánto puede por sí misma.

Cada uno de nosotros es más rico de lo que piensa, pero se nos habitúa al préstamo y á la mendiguez; se nos acostumbra á servirnos de lo ajeno más que de lo nuestro. En nada acierta el hombre á detenerse en el preciso punto de su necesidad: en goces, riqueza y poderío abraza más de lo que puede estrechar; su avidez es incapaz de moderación. Yo creo que en la curiosidad que al saber nos impulsa ocurre lo propio: el hombre se prepara mucho mayor trabajo del que puede realizar, y mucho más de lo que tiene que hacer, ampliando la utilidad del saber otro tanto que su materia: *ut omnium rerum, sic litterarum quoque, intemperantia laboramus*¹. Tácito alaba, con razón, á la madre de Agrícola, por haber reprimido en su hijo el demasiado ardoroso apetito de ciencia.

Y bien mirado es un bien que, como todos los otros bienes de los hombres, encierra mucha vanidad y debilidad, propios y naturales, y además de caro coste. Su adquisición es mucho más arriesgada que la de toda otra comida ó bebida, pues en todas las demás cosas lo que compramos llevámoslo á nuestra casa en alguna vasija, y luego podemos examinar su valor, cuándo y á qué hora lo tomaremos; mas las ciencias no podemos, en los comienzos, colocarlas en otro recipiente que nuestra alma; las absorbemos al comprarlas, y salimos de la compra inficionados ó enmendados: las hay que no hacen sino empeorarnos y recargarnos, en lugar de sustentarnos; y otras que, so pretexto de curarnos, nos envenenan. Pláceme el que algunos hombres, por devoción, hagan voto de ignorancia, como de castidad, pobreza y penitencia, pues es también castrar desordenados apetitos, enervar el ansia que nos empuja al estudio de los libros y privar al alma de esta voluptuosa

1. En todas las cosas, aun en las referentes á las letras, trabajamos inmoderadamente. SENECA, *Epist.* 106.

complacencia que nos cosquillea, mediante la idea de la ciencia. Y es cumplir espléndidamente voto de pobreza el juntar á ella la del espíritu. Apenas si necesitamos una cantidad exigua de doctrina para vivir satisfechos; Sócrates nos enseña que reside en nosotros, lo mismo que la manera de encontrarla y de ayudarse con ella. Toda la capacidad nuestra que va más allá de la natural es, ó poco menos, vana y superflua, y mucho hemos conseguido si no nos recarga y trastorna, más bien que nos sirve: *paucis opus est litteris ad mentem bonam*¹. Estos son excesos febriles de nuestro espíritu, instrumento travieso é inquieto. Recogeos, y hallaréis en vosotros los argumentos verdaderos de la naturaleza contra la muerte, y los más propios á servirnos en caso necesario: éstos son los que hacen morir á un campesino y á pueblos enteros, con igual firmeza que un filósofo. ¿Moriría yo con tranquilidad menor antes de haber leído las Tusculanas? Creo que no; y cuando me supongo en el caso, veo que mi lengua se enriqueció, pero mi vigor muy poco; éste persiste, cual la naturaleza me lo forjó, y se escuda cuando el conflicto llega con marca original y común: los libros me sirvieron no tanto de instrucción como de ejercicio. ¿Y qué decir si la ciencia intentando armarnos con defensas nuevas contra los inconvenientes naturales, imprimió más bien en nuestra fantasía su grandeza y su peso que no las razones y utilidades para resguardarnos? Son las suyas delicadezas, con las cuales nos despierta frecuentemente con inutilidad cabal; hasta los autores mismos más sólidos y prudentes, ved cómo en derredor de un buen argumento van sembrando otros ligeros y, examinados bien de cerca, sin cuerpo y vacíos de sentido; argucias verbales que nos engañan, mas en atención á que pueden útilmente emplearse, no los quiero desechar con todo rigor; en mi libro los hay de esta condición y en lugares diversos, que penetraron en forma de imitación ó préstamo. Así que, ha de cuidarse de no nombrar fuerza lo que no es sino agradable, y sólido á lo que no es más que agudo, ó bueno á lo que no es más que hermoso: *que magis gustata, quam potata, delectant*². Todo lo que place no es provechoso, *ubi non ingenii, sed animi negotium agitur*³.

Viendo los esfuerzos que Séneca ejecuta para prepararse á la muerte; viéndole sudar de quebranto para enderezarse, asegurarse y debatirse tan dilatado tiempo en este suplicio, hubiera yo modificado la idea de su reputación si muriendo no la hubiese valientemente mantenido. Su agitación tan ardorosa y frecuente muestra su estado impe-

1. Obra es de pocas letras el tener buen juicio. SENECA, *Epist.* 106.

2. Cosas que agradan más gustadas que bebidas. CICERÓN, *Tusc. Quest.*, V. 5.

3. Cuando no se trata del ingenio, sino del alma. SENECA, *Epist.* 75.

tuoso é hirviente (*magnus animus remissius loquitur, et securius... non est alius ingenio, alius animo color*¹, á sus propias expensas precisa convencerle); y da testimonio en algún modo de encontrarse oprimido por su adversario. La manera de Plutarco, como más desdenosa y menos rígida, es á mi ver tanto más viril y persuasiva. Fácilmente creería yo que los movimientos de su alma eran más fijos y ordenados. El uno, más agudo, nos impresiona y lanza sobresaltados y se dirige más á nuestro espíritu; el otro, más sólido, nos forma, asienta y conforta constantemente, y toca más al entendimiento; aquél arrebató nuestro juicio, éste le gana. Análogamente, he visto otros escritos, todavía más reverenciados, que en la pintura del combate que sostienen contra los agujones de la carne, representan éstos tan hirvientes, tan poderosos y tan invencibles, que nosotros mismos, gentes de la hez popular, encontramos tanto que admirar en la singularidad y vigor desconocido de la tentación como en la resistencia de ella.

¿A qué fin vamos armandonos merced á estos esfuerzos de la ciencia? Miremos al suelo: á las pobres gentes que por él vemos esparcidas, con la cabeza inclinada por la labor, que desconocen á Aristóteles y á Catón y que carecen de ejemplos y preceptos. De éstos saca naturaleza todos los días efectos de firmeza y de paciencia más puros y más rígidos que los que tan curiosamente estudiamos en las escuelas filosóficas. ¿Cuántos de entre ellos veo yo diariamente que menosprecian la pobreza, cuántos que desean la muerte, ó que la soportan sin alarma ni aflicción! Ese que cava mi huerta enterró esta mañana á su padre ó á su hijo. Los nombres mismos con que designan las enfermedades dulcifican y ablandan la rudeza de las mismas: la tisis es para ellos la tos; la disenteria, desviación de estómago; la pleuresia es un resfriado: y conforme las nombran dulcemente, así también las soportan. Preciso es que sean bien dolorosas para que interrumpen su trabajo ordinario; no guardan el lecho sino para morir. *Simplex illa et aperta virtus in obscuram et solertem scientiam versa est*².

Escribía yo esto hacia la época en que una recia carga de nuestros trastornos se desencadenó con todo su peso derecha sobre mí, teniendo de una parte los enemigos á mis puertas, y de otra los partidarios, enemigos peores aun, *non armis, sed vitis certatur*³; y experimentaba toda suerte de injurias militares á la vez:

1. Un alma elevada se expresa con mayor calma y seguridad, pues el carácter del talento del hombre no es distinto de su alma. SENECA, *Epist.* 113, 114.

2. Aquella resuelta y clara virtud fué convertida en ciencia oscura y complicada. SENECA, *Epist.* 95.

3. No con armas, sino con vicios se combate.

Hostis adest dextra lævaque a parte timendas,
Vicinoque malo terret utrumque latus¹.

¡Guerra monstruosa! Las otras ocasionan lejos sus efectos; ésta contra si misma se roe y despedaza, mediante su propio veneno. Es de naturaleza tan maligna y ruinosa que se derruye á si misma, juntamente con todo lo demás y de rabia se desgarrá y despedaza. Con mayor frecuencia la vemos disolverse por si misma que por carencia de alguna cosa necesaria ó por la fuerza enemiga. Toda disciplina la es ajena: viene á curar la sedición, y de sedición está repleta; quiere castigar la desobediencia, y de ella muestra el ejemplo; dedicada á la defensa de las leyes, se rebela contra las suyas propias. ¿Dónde nos encontramos? ¡Nuestra medicina encierra la infección!

Nostre mal s'empoisonne
Du secours qu'on luy donne².

Exsuperat magis, ægrescitque medendo³.

Omnia fanda, nefanda, malo permista furore,
Justificam nobis mentem avertere deorum⁴.

En estas enfermedades populares pueden distinguirse en los comienzos los sanos de los enfermos; mas cuando llegan á persistir, como ocurre con la nuestra, todo el cuerpo social se resiente, la cabeza lo mismo que los talones: ninguna parte está exenta de corrupción, pues no hay aire que se aspire tan vorazmente ni que tanto se extienda y penetre como la licencia. Nuestros ejércitos no se ligan ni sostienen sino por extraño concurso: con los franceses no puede ya constituirse un cuerpo de armas ordenado y resistente. ¡Vergüenza enorme! no hay más disciplina que la que nos muestran los soldados mercenarios. En cuanto á nosotros, conducímonos á nuestra discreción y no á la del jefe, cada cual según la suya; cuesta desvelos mayores hacer obedecer á los soldados que derrotar á los enemigos: al que manda corresponde seguir, acariciar y condescender, á él sólo obedecer; todos los demás son libres y disolutos. Me place ver cuánta cobardía y pusilanimidad hay en la ambición, por en medio de cuanta abyección y servidumbre la precisa llegar á su fin, pero me desconsuela el considerar á las naturalezas honradas y capaces de justicia, corrompiéndose á diario en el manejo y mando de esta confusión. El dilatado sufrimiento engendra la costumbre, y ésta el con-

1. El enemigo es temible por una y otra parte; uno y otro lado amenazan con un mal cercano. OVIDIO, *de Ponto*, 1, 3, 57.

2. Nuestro mal se envenena con el remedio que se le procura.

3. Aumenta y se hace más agudo con la medicación. VIRGILIO, *Eneid.* XII, 46.

4. Mezcladas por nuestro criminal furor todas las cosas justas é injustas, desviaron de nosotros la mente justiciera de los dioses. CATULO, *de Nuptiis Pelei et Thetidis*, v. 405.

sentimiento é imitación. Tenemos sobradas almas malvadas sin que inutilicemos las buenas y generosas, y si por este camino continuamos, difícilmente quedará nadie á quien confiar la salud de este Estado, en el caso en que la fortuna nos la procure algún día :

Hunc saltem everso juvenem succurrere seculo
Ne prohibete ¹!

¿Qué se hizo de aquel antiguo precepto, según el cual, los soldados más han de temer á su jefe que al enemigo? ¿y aquel maravilloso ejemplo de que las historias nos hablan? Habiéndose encontrado un manzano encerrado en el recinto del campo del ejército de Roma, las tropas abandonaron el lugar, dejando al poseedor el número cabal de sus manzanas, maduras y deliciosas. Bien quisiera yo que nuestra juventud en lugar del tiempo que emplea en peregrinaciones menos útiles y en aprendizajes menos honrosos, invirtiera la mitad en ver la guerra por mar bajo las órdenes de algún buen capitán, comendador de Rodas, y la otra mitad en reconocer la disciplina de los soldados turcos, pues ésta ofrece muchas diferencias y posee muchas ventajas sobre la nuestra : nuestros soldados se convierten en más licenciosos en las expediciones, allí en más retidos y temerosos, pues las ofensas y latrocinios ocasionados al pueblo menudo, que se castigan á palos en la paz, se enmiendan en la guerra con la pena capital ; por el hurto de un huevo se suministran á cuenta fija cincuenta estacazos, y por cualquiera otra cosa, por ligera que sea, innecesaria para la manutención, se los empala ó decapita en el acto. Me admiró en la historia de Selim, el conquistador más cruel que haya jamás existido, ver que cuando subyugó el Egipto, los hermosos jardines que circundan la ciudad de Damas, abiertos como estaban de par en par y en tierra conquistada, puesto que su ejército campaba en el lugar mismo, salieran virgenes de entre las manos de los soldados, porque no habían recibido orden de saquearlos.

¿Pero hay algo en nación alguna que valga ser combatido con una droga tan mortal? No, decía Favonio, ni siquiera la usurpación de la posesión tiránica de una república. Platón, de la propia suerte, no consiente que se violente el reposo de su país para curarlo, ni acepta la enmienda que todo lo trastorna y pone en riesgo, y que cuesta la sangre y la ruina de los ciudadanos. El oficio de todo hombre de bien en estos casos, ordena dejarlo todo como está ; solamente hay que rogar á Dios para que concurra con su mano poderosa. Este filósofo parece condenar á Dión, su grande amigo, por haberse algo apartado de tales vías. Y

1. No impidáis ahora que este joven ponga orden en esta honda perturbación que por doquiera reina. VIRGILIO, *Georg.*, I, 500.

si Platón debe ser puramente rechazado de nuestro cristiano consorcio, él, que por la sinceridad de su conciencia mereció para con el favor divino penetrar tan adentro en la cristiana luz, al través de las tinieblas públicas del mundo de su tiempo (no creo que procedamos bien dejándonos instruir por un pagano), cuánta impiedad no supondrá el no aguardar de Dios ningún socorro simplemente suyo y sin nuestra cooperación. Con frecuencia dudo si entre tantas gentes como se mezclan en el tumulto, se encontró ninguno de entendimiento tan débil á quien á sabiendas se le haya persuadido de que caminaba á la reforma por la última de las deformaciones ; que tiraba hacia su salvación por las más expresas causas que poseamos de condenación infalible ; que derribando el gobierno, el magistrado y las leyes, bajo cuya tutela Dios le colocó, desmembrando á su madre y arrojando los pedazos para que los roan á sus antiguos enemigos, llenando de odios parricidas los esfuerzos fraternales, llamando en su ayuda á los demonios y á las furias, pudiera procurar socorro á la sacrosanta dulzura y justicia de la ley divina. La ambición, la avaricia, la crueldad, la venganza, carecen de impetuosidad tan propia y natural ; cebámoslas y atizámoslas con el glorioso dictado de justicia y devoción. Ningún estado de cosas más detestable puede imaginarse que aquel en que la maldad viene á ser legítima, y á adoptar con el consentimiento del magistrado el aspecto de la virtud : *nihil in speciem fallacius, quam prava religio, ubi deorum numen prætenditur sceleribus* ¹ : el extremo género de injusticia, según Platón, es que lo injusto sea como justo considerado.

Con ello el pueblo sufre profundamente, y no sólo los males presentes,

Undique totis
Usque adeo turbatur agris ²,

sino también los venideros : los vivos con ello padecieron, y también los que aun no eran nacidos ; se le saqueó, y á mí por consiguiente, hasta la esperanza, arrebatándole cuanto poseía para aprestarse á la vida por dilatados años :

Quæ nequeunt secum ferre aut abducere, perdunt ;
Et cremat insontes turba scelestas casas.
Muris nulla fides, squalent populatibus agri ³.

A más de esta sacudida, estos desastres ocasionaron en

1. Nada hay de apariencia tan falaz como la falsa religión, en la cual se justifican los crímenes con el respeto á la divinidad. TRO LIVIO, XXXIX, 15.

2. Hasta tal punto reina el trastorno en todos nuestros campos. VIRGILIO, *Eglog.*, I, 11.

3. Aniquilan lo que consigo no pueden conducir, y la turba criminal incendia hasta las cabañas más humildes. OVIDIO, *Trist.*, III, 10. 63. — Dentro de los muros no hay ninguna seguridad, y en los campos, las gentes perecen de hambre. CLAUDIANO, in *Eutrop.*, I, 244.

mi otros: corrí los peligros que la moderación acarrea en enfermedades tales: fui despojado por todas las manos; para el gibelino era yo güelfo, y para el güelfo gibelino: alguno de entre nuestros poetas explica bien este fenómeno, pero no recuerdo dónde. La situación de mi casa y el contacto con los hombres de mi vecindad, mostrábanme de un partido; mi vida y mis acciones de otro. No se me presentaban acusaciones concretas, porque no había dónde morder. Nunca esquivo yo las leyes, y quien hubiera intentado el examen de mi conducta, me habría debido el resto: todo eran sospechas mudas, que corrían bajo cuerda, á las cuales nunca falta apariencia en medio de un tan confuso baturrillo; como tampoco se echan de menos espíritus ineptos ó envidiosos. Ordinariamente ayudo yo á las presunciones injuriosas que la fortuna siembra contra mí, por la costumbre, que de antiguo practico siempre, de huir el justificarme, excusarme ó explicar mis actos. Considerando que es comprometer mi conciencia defenderla; *perspicuitas enim argumentatione elevatur*¹, y cual si todos vieran en mí tan claro como yo veo, en lugar de lanzarme fuera de la acusación, me meto dentro, haciéndola más subir de punto por una acusación irónica y burlona, si no callo redondamente, como de cosa indigna de respuesta. Mas los que interpretan mi conducta considerándola como sobrado áltiva, apenas me quieren menos mal que los que la toman por debilidad de una causa indefendible; principalmente los grandes, para quienes la falta de sumisión figura entre las extremas, opuestos á toda justicia conocida, que se sienta, no sometida, humilde y suplicante; frecuentemente choqué con este pilar. De tal suerte procedí como digo, que por lo que entonces me aconteció, cualquier ambicioso se hubiera ahorcado y lo mismo cualquier avaricioso. Yo no me cuido para nada de adquirir;

Sit mihi, quod nunc est, etiam minus; et mihi vivam.
Quod superest ævi, si quid superesse volent di²:

mas las pérdidas que me sobrevienen por ajena injuria, ya consistan en latrocinio ó violencia, me ocasionan casi igual duelo que á un hombre enfermo y atormentado por la avaricia. La ofensa, sin ponderación, es más amarga que la pérdida. Mil diversas suertes de desdichas se desenanaron sobre mí, unas tras otras: yo las hubiera más gallardamente soportado en torbellino.

Y pensé ya, de entre mis amigos, á quién encomendaría una vejez indigente y caída: después de haber paseado mis ojos por todas partes, me encontré en camisa. Para

1. La claridad ó lucidez se dificultan con la disputa. CICERÓN, *de Nat. deor.*, III, 4.

2. Tenga yo lo que ahora tengo ó menos aún; y viva para mí lo que me resta de vida, si los dioses quieren otorgármelo. HORACIO, *Epist.*, I, 48, 407.

dejarse caer á plomo y de tan alto, preciso es que sea entre los brazos de una afección sólida, vigorosa, con recursos de fortuna, y así son raras, si es que las hay. En fin, conocí que lo más seguro era fiar á mí mismo de mí y de mi necesidad; y si me sucedía caer friamente en la gracia de la fortuna, recomendarme más fuertemente á la mia, sujetarme y mirar más de cerca á mí propio. En todas las cosas se lanzan los hombres en los extraños apoyos para economizar los propios, solos ciertos y poderosos para quien de ellos sabe armarse: cada cual corre á otra parte y á lo venidero, tanto más cuanto que ninguno llegó á sí mismo. Y me convencí de que todos aquéllos eran inconvenientes provechosos, puesto que, en primer lugar, á los malos discípulos hay que amonestarlos á latigazos cuando la razón no basta á enderezarlos, como por el fuego y violencia de los recodos conducimos á su derechura una tabla torcida. Yo que me predico hace tanto tiempo el mantenerme en mí y separarme de las cosas extrañas, sin embargo, todavía vuelvo los ojos de lado; la inclinación, una palabra favorable de un grande, un semblante grato me tientan. ¡Dios sabe si de estas cosas hay alta carestía y el sentido que encierran! Resuenan aún en mis oídos, sin que yo frunza el entrecejo, los sobornamientos que se me hacen para sacarme al mercado público, y de ellos me defendiendo tan blandamente que parece como si se sufriera de mejor grado ser vencido. Ahora bien, un espíritu tan indócil precisa el palo; y hase menester remachar y juntar á recios mazazos esta barca que se desprende y descose, que se escapa y desvía de sí misma. En segundo lugar, consideraba que este accidente me serviría de ejercitación para prepararme á peores cosas, si yo, que por el beneficio de la fortuna y por la condición de mis costumbres aguardaba ser de los últimos, llegaba á ser de los primeros, atrapado por esta tormenta, instruyéndome temprano á moderar mi vida y á ordenarla para un nuevo estado. La libertad verdadera es poderlo todo sobre sí mismo: *potentissimus est, qui se habet in potestate*¹. En una época tranquila y inoderada, fácilmente se prepara uno á los acontecimientos comunes y moderados; mas en esta confusión en que vivimos treinta años ha, todo hombre francés, en particular y en general, se ve á cada momento abocado á la entera destrucción de su fortuna; otro tanto precisa mantener su vigor, ayudado de provisiones más fuertes y vigorosas. Agradezcamos al destino el habernos hecho vivir en un siglo no blando, lánguido ni ocioso: tal que no lo hubiera sido por ningún otro medio, se trocará en famoso por sus desdichas. Como apenas leo en las historias estas mismas confusiones en los otros Estados sin que lamente el no haber-

1. El más poderoso es aquel que á sí mismo se tiene bajo su poder. SENECA, *Epist.* 90.

las podido considerar presente, mi curiosidad hace ahora que yo vea gustoso, hasta cierto punto, este notable espectáculo de nuestra muerte pública, sus síntomas y peripecias; y puesto que no me es posible retardarla, me siento contento de verme destinado á asistir á ella para mi instrucción. Así, con igual avidez, buscamos hasta simulados en las fábulas teatrales, una muestra de los juegos trágicos de la humana fortuna, los cuales no contemplamos sin duelo de lo que oímos, pero nos complacemos en despertar nuestro disgusto por la singularidad de estos lamentables acontecimientos. Nada cosquillea sin que pellizque, y los buenos historiadores huyen como un agua adormecida y un mar extinto las sosegadas narraciones, para ganar las sediciones y las guerras, á las cuales por nosotros son llamados.

Dudo si puedo honradamente confesar á cuán vil precio del reposo y tranquilidad de mi vida pasé más de la mitad en la ruina de mi país. Revístome fácilmente de paciencia en los accidentes que no recaen directamente sobre mí, y para lamentarme de éstos, considero no tanto lo que se me quita como lo que me fué dable salvar, dentro y fuera. Existe cierta consolación en esquivar ya unos, ya otros, de entre los males que nos acechan constantemente y ocasionan víctimas en nuestro derredor; así en materia de intereses públicos, á medida que mi atención está más universalmente extendida, va debilitándose; además es á medias verdad aquello de *tantum ex publicis malis sentimus, quantum ad privatas res pertinet*¹, y que la salud de donde partimos era tal que aminora nuestro sentimiento. Salud era, sí, mas sólo comparada con la enfermedad que la siguió; apenas caímos de tan alto: la corrupción y el bandidaje, dignamente profesados, me parecen menos soportables; menos injustamente se nos roba en un camino que en sitio de seguridad. Era la nuestra una juntura universal, de partes particularmente corrompidas, en competencia las unas con las otras, y la mayor parte de úlceras envejecidas, incapaces de curación y que tampoco la pedían.

Así, pues, este derrumbamiento me animó más que me aterró, auxiliado por mi conciencia, que se condujo no ya sólo sosegadamente, sino con altivez, y no encontraba motivo de lamentarme de mí propio. Como Dios nunca envía ni los males ni los bienes absolutamente puros á los hombres, mi salud se condujo á maravilla en aquel tiempo, muy por cima de lo ordinario; y así como sin ella de todo soy incapaz, pocas son las cosas que con ella no están á mi alcance. Procuróme medio de despertar todas mis provisiones y de llevar la mano al socorro de la herida que, se hubiera complicado sin el pronto remedio. Con estos re-

1. Tanto sentimos los males públicos, cuanto afectan á nuestros intereses particulares. TITO LIVIO XXX 44.

curso caí en la cuenta de que todavía era capaz de algún empuje contra la adversidad y de que para hacerme perder el equilibrio era necesario un fuerte choque. Y no lo digo por irritarla para que me sacuda una carga más vigorosa; soy su servidor, la tiendo mis manos y pido á Dios que se conforme con su obra realizada. ¿Que si siento yo sus asaltos? ¡Ya lo creo! Como aquellos á quienes la tristeza confunde y posee se dejan sin embargo acariciar por algún placer y una sonrisa les escapa, así yo tengo bastantes fuerzas sobre mí para convertir mi estado ordinario en tranquilo, descargándolo de fantasías dolorosas; pero me dejo, no obstante, sorprender de cuando en cuando por las mordeduras de sus pensamientos ingratos que me avasallan, mientras me armo para expulsarlos ó para luchar con ellos.

He aquí otra agravación de males que me acosó después de los otros: fuera y dentro de mi casa fui acogido por una epidemia vehemente, como cualquiera otra mortífera, pues así como los cuerpos sanos están expuestos á enfermedades, tanto más graves cuanto que sólo por ellas pueden ser avasallados, así mi aspecto saludabilísimo en que ninguna memoria de contagio (bien que á veces estuviera cercano) había logrado arraigar, llegando á envenenarse, produjo en mí extraños efectos,

Mista senum et juvenum densantur funera; nullum
Sæva caput Proserpina fugit¹:

hube de sufrir la graciosa condición de que hasta la vista de mi propia casa me ocasionara espanto; todo cuanto en ella había, sin custodia estaba y á la merced de los que lo codiciaban. Yo, que soy tan hospitalario, me vi en la dolorosísima situación de buscar un retiro para mi familia; una familia extraviada que amedrentaba á sus amigos y á sí misma se metía miedo y horror, donde quiera que pensaba establecerse: habiendo de mudar de residencia, tan luego como uno del séquito empieza á sentir dolor en la yema de un dedo, todas las enfermedades son consideradas como la peste; carécese de la necesaria tranquilidad de espíritu para reconocerlas. Y lo bueno del caso es que según los preceptos de la medicina ante todo peligro que se nos acerca hay que permanecer cuarenta días abocado al mal: la fantasía ejerce entonces su papel y febriliza vuestra salud misma. Todo esto me hubiera mucho menos afectado si no hubiese tenido que lamentarme del dolor ajeno, pues durante seis meses tuve que servir de guía miserablemente á la caravana. Mis preservativos personales, que siempre me acompañan, son la resolución y el sufrimiento. La apren-

1. Con confusión se amontonan los restos de los jóvenes como los de los viejos: ninguna cabeza escapa ante la cruel Proserpina. HORACIO, *Od.*, I, 28, 29.

sión apenas me oprime, y es lo que más se teme en este mal; y si encontrándome solo á él me hubiera resignado, habría ejecutado una huida más gallarda y más apartada: muerte es ésta que no me parece de las peores, comunmente corta, de atolondramiento, exenta de dolor, por la condición pública consolada, sin ceremonias, duelos ni tumultos. En cuanto á las pobres gentes de los contornos la centésima parte vióse de salvación imposibilitada:

Videas desertaque regna
Pastorum, et longe saltus lateque vacantes¹.

En este lugar la parte de mis rentas es anual; la tierra que cien hombres para mí trabajaban quedó por largo tiempo sin cultivo.

¿Qué ejemplos de resolución no vimos por entonces en la sencillez de todo aquel pueblo? Generalmente cada cual renunciaba al cuidado de la vida: las vides permanecían intactas en los campos, cargadas de su fruto, que es la principal riqueza del país; todos, indistintamente, preparaban y aguardaban la muerte para la noche ó el día siguiente, con semblante y voz tan libres de miedo que habriase dicho que todos estaban comprometidos á esta necesidad, y que la condenación era universal é inevitable. Y siempre es así; ¡pero de cuán poca cosa depende la firmeza en el sucumbir! La distancia y diferencia de algunas horas, la sola consideración de la compañía, conviértennos en diverso su sentimiento. Ved aquí unos cuantos: porque sucumben en el mismo mes niños, jóvenes y viejos, nada ya acierta á transirlos, las lágrimas se agotaron en sus ojos. Algunos vi que temían quedarse atrás, como en una soledad horrible; sólo por las sepulturas se inquietaban, porque les contrariaba el ver los cuerpos en medio de los campos, á merced de las bestias que incontinenti los poblaron. ¡Cuán las fantasías humanas son encontradas! Los neoritas, pueblo que Alejandro subyugó, arrojaban los cadáveres en lo más intrincado de sus bosques para que fueran devorados: era el solo sepulcro que entre ellos fuera dignamente considerado. Tal individuo encontrándose sano cavaba ya su huesa; otros se tendían en ella vivos aún, y uno de mis jornaleros con sus manos y sus pies acercó á sí la tierra en la agonía. ¿No era esto abrigarse para dormir más á gusto, con arroyo en altitud parecido al de los soldados romanos á quienes se encontró después de la jordada de Canas con la cabeza metida en agujeros que ellos mismos habían hecho, y colmado con sus manos para ahogarse? En conclusión, todo un pueblo se lanzó de súbito por costumbre en un trance que nada cede en rigidez á ninguna resolución estudiada y meditada.

1. Vieras desiertos los reinos de los pastores y vacíos los bosques en extensiones inmensas. VIRGILIO, *Georg.*, III, 476.

Casi todas las instrucciones que la ciencia posee para vigorizarnos son más aparatosas que efectivas, y sirven más de ornamento que de fruto. Abandonamos la naturaleza y queremos enseñarla la lección, siendo así que nos conducía tan segura y felizmente; y sin embargo, las huellas de su instrucción y lo escaso que merced á la ignorancia queda de su imagen sellado en la vida de esa turba rústica de hombres toscos, la ciencia misma se ve obligada todos los días á pedírselo prestado para con ello fabricar un patrón al uso de sus discípulos, de constancia, tranquilidad é inocencia. Hermoso es ver que los urbanos, repletos de tan lindos conocimientos, tengan que imitar esa torpe simplicidad, é imitarla en las acciones más elementales de la fortaleza; y que nuestra sapiencia aprenda de los animales mismos las más útiles enseñanzas aplicables á las más grandes y necesarias partes de nuestra vida: á la manera de vivir y morir, cuidar de nuestros bienes, amar y educar á nuestros hijos y ejercer la justicia: singular testimonio de la enfermedad humana; y que esta razón que se maneja á nuestro albedrío encontrando siempre alguna diversidad y novedad no deje en nosotros rasgo visible de la naturaleza; de ella hicieron los hombres como los perfumistas del aceite: sofisticáronla con tantos argumentaciones y discursos traídos de fuera, que se trocó en variable y particular á cada cual, y perdió su carácter propio, constante y universal, precisándonos así buscar el testimonio de los brutos, no sujeto á favor ni á corrupción, ni tampoco á diversidad de opiniones; pues es bien cierto que ellos mismos no siguen invariablemente la senda de la naturaleza; pero la parte donde se desvían es tan pequeña, que siempre advertiréis la traza: de la propia suerte que los caballos que se conducen á la mano, si bien pegan botes y van de aquí para allá, siempre se mantienen sujetos por la brida y siguen constantemente el paso de quien los guía, y como el halcón toma vuelo, pero sujeto por su fiador. *Exsilia, tormenta, bella, morbos, naufragia meditare... ut nullo sis malo tardí*¹. ¿Para qué nos sirve esa curiosidad de prever todos los accidentes de la humana naturaleza y el prepararnos con dolor tanto contra aquellos mismos que acaso no han de llegarnos? *parem passis tristitiam facit, pati posse*? No solamente el golpe, también el viento y el ruido nos hieren; ó como á los más calenturientos, pues en verdad es fiebre el ir desde ahora á que os propinen una tunda de azotes, porque puede ocurrir que el destino es los haga sufrir un día; y vestir vuestro traje aforrado desde San Juan porque de él habréis menester en Navidad. Lanzaos en la experiencia de todos los males que pueden lle-

1. Medita en los destierros, tormentos, guerras, enfermedades y naufragios para que ningún mal te coja de nuevas. SENECA, *Epíst.* 91, 107.
2. Igual es el dolor sufrido que el que se teme sufrir. SENECA, *Epíst.* 74.